



3ª Campaña

del Instituto de

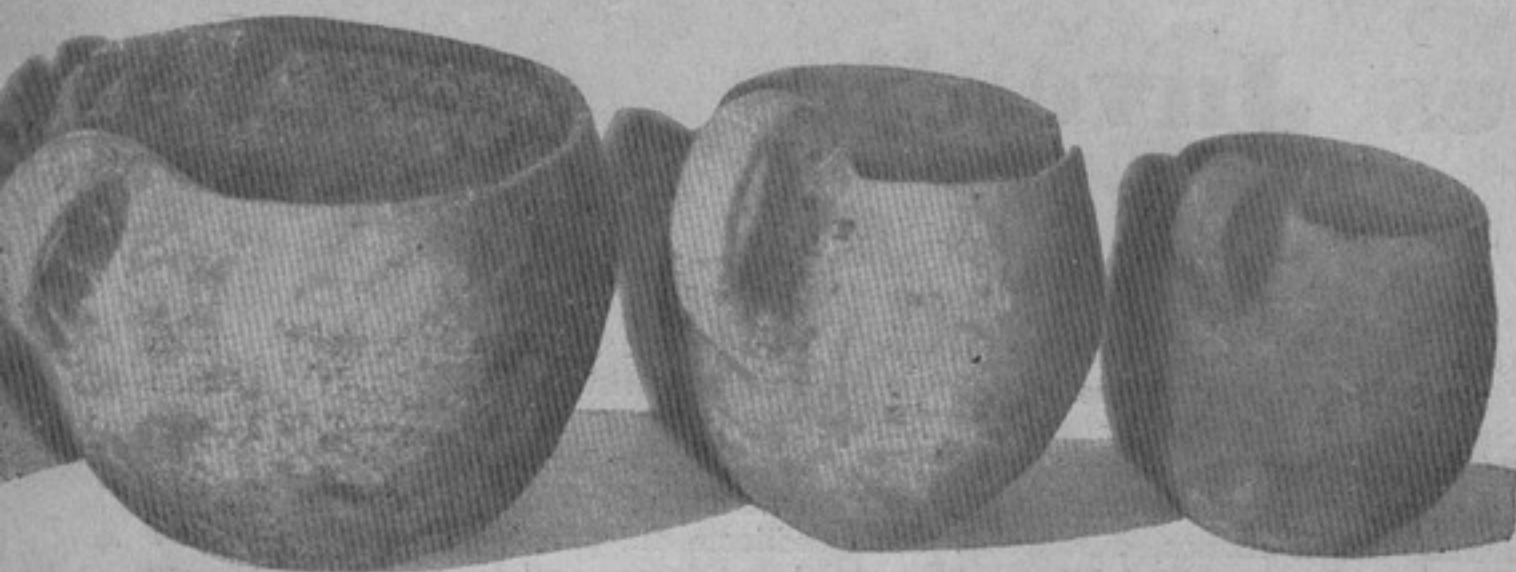
La Tercera Campaña Arqueológica de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador ubicó su centro de trabajo en un paraje denominado Pozo de Piedra (Catamarca), luego de un arduo viaje, cuyos últimos tramos debió de hacerse en un camión del Ejército. Desde esa posición se abarcaba Belén, su vasta zona oeste, y el amplio escenario comprendido por Londres, Condorhuasi, Aguada, Las Juntas, Las Barrancas y demás localidades que determinan culturas indígenas o, al menos, estilos cerámicos muy característicos.

La elección del lugar, relacionada con uno de los fines de la 3ª campaña que se realizó durante el mes de enero del corriente año, apuntaba a la comprobación de la teoría del "diacronismo cultural". Los antiguos buscadores de culturas indias sostenían el principio del "sincronismo", o sea el conjunto de fenómenos en un momento dado de la historia. En la zona del N.O. argentino, ese criterio está reemplazado por el anteriormente apuntado: el diacronismo. Merced a mediciones realizadas por medio del sistema del isótopo 14 del carbono, fue posible determinar que en una misma área los hallazgos correspondían a diferentes épocas, llegando a localizarse algunas hasta 5.000 años a. de Cristo.

Cada día, partiendo de Pozo de Piedra donde estaba instalado el campamento —una precaria construcción de material y varias carpas— se llevaba a cabo el viaje hasta el lugar en estudio.

El grupo investigador estaba formado por la Lic: Lidia Alfaro de Lanzone y los estudiantes Carlos Ales y, Blanca y Luis Alberto Pazos. Los jóvenes pusieron su dinamismo y alegría en el trabajo —relata el profesor Juan M. Sueta, jefe de la expedición— y las mujeres un increíble espíritu de sacrificio a más de una inagotable paciencia.

Una de las finalidades de esta tercera campaña, fue tratar de identificar, en las culturas agro-alfareras, las de Aguada, Ciénaga, Condorhuasi y otras, en base a elementos cerámicos, metalúrgicos, etc., aunque en muchas ocasiones deben suponerse datos de una manera algo forzada. Para ello se parte de un examen geográfico exhaustivo de la zona, y mediante sondeos y el estudio minucioso de los hallazgos, se intenta establecer sobre el terreno las más claras asociaciones que pudieran darse. Todo lo cual implica un trabajo agotador cumplido en condiciones muy duras, luego de largas marchas bajo el sol catamarqueño, cuyo remate, muchas veces, es



Arqueología

un triste desánimo que tiene por origen el no haber encontrado nada que justifique el esfuerzo. No puede dejarse de apuntar la evolución del método a seguir en la investigación arqueológica. La pala y el pico han sido reemplazados por procedimientos más sutiles como el uso del cucharín, el cepillo y hasta el pincel de pelo de marta. Los "quelques sondages" de los excavadores del siglo pasado han sido reemplazados por una técnica minuciosa de cuadrícula del terreno, la extracción de capas finas del mismo, y el uso intensivo de la zaranda para que no escape ni el más pequeño fragmento. Hoy a la recolección minuciosa se suma la anotación exacta de las coordenadas necesarias para establecer la situación de los objetos encontrados en cada vivienda, en cada tumba o yacimiento. Todos estos materiales deben ser trasladados al laboratorio de una manera tal que excluya toda posibilidad de confusión o mezcla.

Nuestra arqueología, nuestro patrimonio arqueológico, está protegida por una ley obsoleta, la 9080, de la que ya nadie se acuerda y que en algunas provincias se la está reemplazando por leyes propias demasiado "localistas". Falta una verdadera conciencia nacional del valor científico e histórico de los objetos arqueológicos. Nues-

tras zonas de antiguas culturas indígenas y sus cacharrerías son el paraíso de los aficionados, pero más lo son de los anticuarios que, pagando sumas irrisorias a los buscadores de la zona, revenden sus hallazgos a coleccionistas por precios exorbitantes. Todas estas cosas no son intrínsecamente "malas" pero sucede que tanto los unos como los otros —aficionados y revendedores— extraen las cosas, pero no las clasifican, dificultando determinar su origen o cultura, pudiendo ésta establecerse de manera aproximada por deducción, pero sin una certeza total.

La legislación debe ser actualizada. La ley a establecer no debe ser tanto minuciosa o represiva cuanto tendiente a desarrollar una conciencia nacional para la preservación de todos los lugares de cultura prehistórica. El Estado no puede financiar el establecimiento de un arqueólogo en cada villa o en cada región; la acción de los aficionados es irreemplazable, pero debe reglamentarse su actividad con mira a que los hallazgos sean debidamente cuidados y clasificados, en lo posible hasta sus últimos detalles, denunciándolos después a las autoridades competentes en la materia.

E. F. Prieto